



# UN JESUITA 'PERDIDO' EN JAPÓN

La verdadera historia del misionero de Scorsese, que apostató, se casó y se hizo zen. "Si Jesús estuviera aquí habría actuado exactamente como yo", respondía a la expedición que fue en su busca tras su 'traición'. Murió en Nagasaki en 1650. Él, Cristóvão Ferreira, había continuado en la antigua Cipango la tarea que inició el religioso navarro Francisco Javier. Los jesuitas llegaron a Japón en 1549

El 22 de marzo de 1632, el padre portugués Cristóvão Ferreira, principal de los jesuitas en Japón, escribía su postrera carta a la Compañía en Roma: «En mi última misiva informé sobre la situación de la cristiandad en este país. Lo sucedido desde entonces puede resumirse en nuevas persecuciones, nuevas represiones y nuevos padecimientos. Comenzaré a partir del año 1629 en que cinco religiosos fueron encarcelados por la fe que profesaban: tres agustinos, un franciscano y otro de nuestra orden. El magistrado de Nagasaki, Takenaka Uneme, trató de hacerlos apostatar. Quería desalentar a los fieles y ridiculizar nuestra fe y a sus servidores. Pero pronto comprendí que con meras palabras no doblegaría la resolución de los padres, de modo que ideé un método distinto: la tortura del agua en el infierno de Unzen. Es este un lago hirviente en el cráter de un volcán. Hizo llevar a los padres allí y durante treinta y seis días no dejó de torturarlos rociando sus cuerpos desnudos con el agua hirviendo, sin que uno solo de ellos dejara escapar el menor quejido o viera quebrada su fe. El magistrado no deseaba darles muerte, sino hacerles renegar de su fe. Pero sus propios hombres le dijeron que eran tales la fuerza y el valor de los padres, que todos los manantiales de Unzen se agotarían antes de que cambiasen de sentimientos.

Encerró entonces a los cinco sacerdotes en una prisión de la ciudad, donde aún continúan. Este ha sido el espléndido final de un combate que ha hecho que nuestra fe se propague entre la multitud, los fieles se fortalezcan y las esperanzas del tirano queden desbaratadas».

Apenas un año después, ya en 1633, cuando llegaron los primeros rumones a la Ciudad Santa, nadie podía ni siquiera imaginar a ese mismo sacerdote jesuita caído ante el infiel, apostatando de Dios y de su Iglesia, por muchas que hubieran sido las torturas sufridas. Desde 1614, cuando el cristianismo fue prohibido por completo en la isla, Ferreira se había convertido en el baluarte cristiano en la misteriosa y feudal Cipango (Japón).

Las crónicas de los misioneros de entonces cuentan que, en los días 6 y 7 de septiembre de aquel 1614, 70 sacerdotes japoneses y extranjeros, previamente concentrados en Kibachi, un puerto de la isla de Kyushu, fueron embarcados en cinco juncos con destino a Macao y Manila. Era el principio del destierro decretado tiempo atrás. Pero, pese al severo edicto de expulsión, 37 misioneros, incapaces de abandonar a su rebaño, decidieron quedarse clandestinamente en Japón. El portugués Fe-

reira, el más importante de todos, continuó informando a sus superiores sobre la suerte de los fieles y misioneros que eran aprensados y torturados.

La reciente película de Scorsese, *Silencio*, estrenada en España el día de la cabalgata de los Reyes Magos, ha puesto en el foco del mundo entero la larga batalla de los jesuitas en el Japón de los señores feudales. Empezando por el navarro Francisco Javier, que puso la primera piedra, y siguiendo con la apostasia del padre Ferreira, que dio lugar a una extraordinaria crisis. Crisis misionera, sí, pero, sobre todo, crisis de fe. Pasen y lean. No es película.

El padre Ferreira, llegado a Japón en 1609, ejerció desde el principio un liderazgo incuestionable sobre la extensa comunidad católica, pero su figura se agrandó hasta alcanzar dimensiones legendarias como misionero clandestino en la época de los *rakure kirishitan* (cristianos ocultos). Por eso, la noticia de su captura, en 1633, removió los cimientos de la Compañía, agravada por las escasas y malas nuevas que llegaban de su destino, cada una peor que la anterior. En aquella época se buscaba, sobre todo, la apostasia de los cristianos, para lo que se les obligaba a pisotear

un *fumie*, un pequeño rectángulo de madera, del tamaño de una baldosa, que tenía incrustada una imagen de Cristo o de la Virgen, como prueba de rechazo hacia esa religión. Tras hacerlo, se consideraba que el *kirishitan* había apostatado, y era libre de seguir con su vida. Quien se resistía era sometido a torturas inimaginables que terminaban indefectiblemente en la apostasia o en una espantosa muerte. La tortura más común era conocida como *la fosa*. Consistía en colgar al cristiano boca abajo sobre una fosa llena de excrementos. En esa posición, se le hacían pequeñas incisiones detrás de las orejas para que se desangrara lentamente. Al cabo de un tiempo, la sangre comenzaba a manar también por la boca y la nariz, mezclándose con los excrementos de la fosa y atragantando al desdichado, que apenas podía emitir algunos estertores.

El tormento cesaba en cuanto el cristiano pronunciaba la palabra *apostato* y se prestaba a pisar un *fumie*. Los japoneses les aseguraban que no hacía falta que apostataran de corazón, les bastaba con que cumplieran con esa pequeña *formalidad*. Muchos lo hacían para librarse del infierno de la tortura y otros preferían la muerte. Pero en el caso de figuras relevantes, como el padre Ferreira, los japoneses trataban de evitar la muerte a toda costa. Para

ellos era mucho más importante la apostasia, un ejemplo que descorazonaría y haría desistir de su fe a muchos seguidores. Como el shogún sabía que no quebraría la firme voluntad de los misioneros con tormentos, utilizaba como arma disuasoria el tormento de los otros.

## ¿UN RUMOR FALSO?

Cuando la apostasia del padre Ferreira empezó a extenderse por Roma, al principio como un rumor sordo, casi como una verdad esotérica al alcance de muy pocos y destinada a no ser revelada, y después ya como un hecho tal vez incomprensible, pero también incontrovertible, la conmoción en la orden fue mayúscula. El misionero portugués llevaba 33 años en el Japón, ocupaba nada menos que el puesto de provincial y había dirigido y alentado a sacerdotes y fieles en las condiciones más adversas. Además, tras la expulsión de los cristianos, había decidido quedarse clandestinamente al servicio de su grey, mostrando un valor y una entrega fuera de lo común. ¿Cómo podía una hombre así haber renegado de Cristo?

Dotado de un enorme talento teológico, había seguido evangelizando, aun en tiempos de persecución, infiltrándose en la región de Kamigata. Todas sus cartas revelaban a un hombre de gran temple. Era increíble que, incluso en el peor de los

POR FRANCISCO  
LÓPEZ-SEIVANE

casos, hubiera podido traicionar a la Iglesia. En la Compañía de Jesús fueron muchos los que pensaron que el informe era falso, seguramente una invención de los japoneses y de los herejes de Holanda.

Un joven jesuita siciliano, Giuseppe Chiara, que había tenido al padre Ferreira como mentor en la universidad, pero también como fuente de inspiración misionera y cristiana, convenció a sus superiores para que le autorizaran viajar clandestinamente al Japón para averiguar la verdad sobre la supuesta apostasía de su reverenciado maestro, y también para ocupar su sitio y no dejar al asustado rebaño cristiano sin pastor. Era una misión suicida y, aunque la idea fue rechazada en un principio por las autoridades, éstas terminarían apoyándola y poniendo al valiente misionero y a otro compañero que decidió acompañarle en manos del padre Valignano, por entonces provincial de todas las misiones jesuitas en Asia.

El relato de las andanzas y los sorprendentes descubrimientos de estos jóvenes misioneros jesuitas en un Japón hostil con los extranjeros y desolado por las persecuciones y el terror, constituye la trama de la magnífica novela histórica de Shiseku Endo, *Chimoku (Silencio)*, considerada por muchos una obra cumbre de la narrativa japonesa y en la que se basa la película de Scorsese. La novela está soberbiamente documentada, y el relato detallado de la persecución y los tormentos que sufrieron los cristianos durante el siglo XVII tiene una incuestionable verosimilitud, fruto, sin duda, del libre acceso a los archivos de la Compañía de Jesús que se dispuso al autor.

Pero retrocedamos en el tiempo. Para entender la llegada del cristianismo a Japón, hay que tener en cuenta el afán cristianizador que surge en España a finales del siglo XV y que impulsa el descubrimiento de América. Es muy posible que la expedición de Colón tuviera diversos objetivos, pero, entre ellos, destacaba la urgencia de la Iglesia por llegar a las Indias y a la misteriosa Cipango (Japón) para convertir a sus habitantes, propiciando así el fin de los tiempos. Encontrarse un continente por el camino fue un accidente que hizo olvidar temporalmente el objetivo último.

La Iglesia, naturalmente, no permaneció al margen de aquellos descubrimientos y de las posibilidades que se abrían al otro lado de los océanos. No en vano el Pontífice era, por derecho divino, dueño de toda tierra incógnita que se descubriera, y repartió misioneros a oriente y a poniente, en galeones de Castilla y de Portugal, para cristianizar a los indígenas de todos los rincones del globo.

El Papa Paulo III, a instancias de Ignacio de Loyola, decidió enviar a Francisco de Javier, que ardía de fervor apostólico y deseos de viajar a tierras lejanas, a enseñar el evangelio de Cristo en las Indias Orientales. El misionero navarro resultó ser un viajero inquieto que gustaba de encender los corazones y dejar que otros mantuvieran vivo el fue-

go. Cada vez pasaba menos tiempo en los distintos lugares, recorriendo muchas islas y volviendo sobre sus pasos. Hubo un momento, sin embargo, en el que su divina impaciencia le llevó a mostrarse decepcionado de los resultados de su trabajo, tal como reflejan sus escritos desde Molucas, así que el domingo de Ramos de 1549 decidió embarcarse, junto a sus compañeros Cosme de Torres y Juan Fernández, hacia Cipango, un archipiélago descubierto seis años antes por náufragos portugueses.

El misionero español sólo permaneció 27 meses en un país dividido entre 67 señores feudales (daimios) envueltos en permanentes guerras,

con un idioma y costumbres difíciles de comprender, con gran escasez de misioneros, a lo que había que añadir las dificultades que entrañaba el uso del latín en la liturgia y las exigencias morales que la nueva fe imponía a los conversos. Así que decidió un buen día largarse a China, donde entendía que debía prender también la llama de la fe. Sin embargo, Francisco dejó vivas en Japón las bases del trabajo futuro. Otras órdenes (dominicos, franciscanos) se sumaron a los jesuitas y la semilla cristiana fue cuajando poco a poco en el archipiélago nipón. Aunque no por mucho tiempo. El cristianismo fue prohibido por completo en 1614, y no solamente

fueron deportados todos los misioneros, sino que también lo fueron los *kirishitan* (cristianos) japoneses que no renunciaron a su fe. A estas medidas siguió una brutal persecución que acabó con miles de cristianos torturados y muertos, especialmente en la región de Nagasaki.

#### RAZONES DE SU APOSTASÍA

Pero el delicado meollo de la cuestión, que no es otro que averiguar las verdaderas razones que llevaron a la apostasía al padre Ferreira, y eventualmente al discípulo que perseguía conocerlas, se reduce en el libro y en la película a ahondar en el drama personal de los protagonistas, unos hombres

de fe enfrentados al dilema de la salvación personal frente a la salvación de su rebaño. Finalmente, ambos, en distintos momentos, entendieron que apostatando acabarían con el indecible tormento de los cristianos, tal como les había prometido el shogún.

El escritor japonés Endo, posiblemente influido por su condición de católico, describe la apostasía de Ferreira como un acto de amor, semejante al de Cristo ofreciéndose a morir en la cruz para la salvación de los hombres, una renuncia a la gloria del martirio para librar a su grey de las espantosas torturas a las que les sometía el tirano Ieyasu. Pero el propio Ferreira, que llegó a decirle a su discípulo: «Si Jesús estuviera en esa situación habría actuado exactamente igual que yo», también se preguntaba a sí mismo si todas esas palabras y razones exculpatorias no serían en el fondo nada más que un hermoso pretexto para justificar su cobardía. Ambos, maestro y discípulo, terminarían odiándose mutuamente porque cuando veían reflejado en el rostro del otro el tormento interior que carcomía su corazón, era como si estuvieran viendo su propia miseria en un espejo.

#### SU MUJER Y SUS LIBROS

Los hechos históricos, en cambio, sin entrar a valorar los motivos que pudieran haber impulsado a los padres a actuar como lo hicieron, nos dicen que, tras apostatar en 1633, el padre Ferreira siguió viviendo en Japón otros 17 años. Cambió su nombre por el de Sawano Chuan, se casó con una japonesa, escribió varios libros, entre ellos un par de tratados de astronomía y medicina occidental, participó en los juicios contra otros jesuitas capturados y estaba presente a menudo en el rito del *fumie*, en el que los cristianos eran obligados a pisotear la imagen de Jesucristo o de la Virgen. De acuerdo con la ley japonesa de la época, Ferreira se inscribió en un templo budista y adoptó la filosofía zen.

Sus propias publicaciones acreditan también que le caló profundamente el espíritu del sintoísmo: «En el mundo que nos rodea vemos que todo está dotado de su propia naturaleza y su mérito: pájaro o bestia, insectos o peces, hierba o árbol, tierra o piedra, aire o agua, cada cosa tiene su función y calidad natural. Todo eso es obra de la naturaleza. El hombre se encuentra a la cabeza de toda existencia y el cielo le ha imbuido las cualidades naturales de caridad, justicia, decencia y sagacidad». Su mayor obra, sin embargo, *El engaño revelado*, escrita en 1636, tres años después de la apostasía, no vería la luz hasta trescientos años más tarde. Murió en Nagasaki en 1650.

Francisco López-Seivane, escritor y periodista, es autor de «Cosas que aprendí de Oriente»



**UN NAVARRO ANTE LOS SEÑORES FEUDALES.** Arriba, el padre Francisco Javier leyendo su primer catecismo japonés en Yamaguchi. Abajo, el actor Liam Neeson en una escena de *Silencio*, la nueva película de Martin Scorsese, encarnando al padre jesuita Cristóvão Ferreira.



#### “COMO SI HUBIERA VIAJADO EN EL TIEMPO”

El jesuita español Alberto Núñez ha colaborado en la película de Scorsese. Profesor en la facultad de Teología Fujen-Bellarmino, un centro universitario de derecho pontificio, en colaboración con la Universidad Católica Fu Jen (Taipéi), se dedicó en el rodaje a estar con los actores y supervisar las escenas que mostraban los ritos religiosos. «Me sorprendió lo

meticulosos que han sido el director y los actores. Han dedicado muchísimo tiempo y esfuerzo a entender la época. Además, me di cuenta de que según avanzaba el rodaje se les iba despertando cada vez más el interés. Me consultaban constantemente. Al ver trabajar al señor Scorsese sentía como si hubiera viajado en el tiempo», ha dicho. Cuenta a 'Crónica' también un posible final distinto para el padre Ferreira: «Los comerciantes portugueses que le vieron después encontraron a un hombre pobre, humillado y avergonzado. Para mí resulta muy creíble que, harto ya de aquella situación, recusara y acabase mártir».